

LA REBELIÓN DEL SOL

# EL DESIERTO EN LLAMAS

ALWYN HAMILTON

Una aventura escrita  
en la arena

DESTINO

LA ISLA DEL TIEMPO

LA REBELIÓN DEL SOL

EL  
DESIERTO  
EN  
LLAMAS

ALWYN HAMILTON

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2016  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta S. A.

Título original: *Rebel of The Sands*  
© 2016 by Blue-Eyed Books  
© de la traducción: Joan Josep Mussarra, 2016  
© de la ilustración de cubierta: Nicolás Castells

© Editorial Planeta S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: junio de 2012  
ISBN: 978-84-08-16218-6  
Depósito legal: B. 20.199-2016  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## CAPÍTULO UNO

Se decía que los únicos que se paseaban por Morteria después del crepúsculo eran los que no iban para nada bueno. Yo no había ido para nada malo. Aunque, si bien se mira, tampoco había ido para nada bueno.

Desmonté de mi yegua *Azul* y la até a un poste que se erguía tras una taberna llamada El Polvoriento. Un muchacho sentado de espaldas a la cerca me observaba con recelo. O tal vez sus ojos negros me dieran una falsa impresión. Al salir del patio me calé el sombrero. Le había robado el sombrero a mi tío, y también el caballo. En realidad, se los había tomado prestados. Al fin y al cabo, todas mis cosas, por ley, pertenecían a mi tío. Incluso la ropa que llevaba puesta.

Las puertas de la taberna se abrieron de golpe y salieron afuera la luz y el barullo que reinaban en su interior, y un gordo borracho con una muchacha hermosa agarrada por los hombros. Sin pensarlo siquiera, acerqué la mano al sheema y me aseguré de llevarlo bien puesto sobre el rostro. Me llegaba hasta los ojos, y, a pesar de que hubieran pasado varias horas des-

de el crepúsculo, todavía sudaba bajo la tela como un pecador durante su plegaria. Se me ocurrió que debía tener más facha de nómada extraviado que de tirador, pero, mientras no se dieran cuenta de que en realidad era una chica, no me importaba. Aquella misma noche me marcharía de allí y quería llevarme, por lo menos, mi propia vida. Y todavía mejor si de paso me podía meter unas monedas en el bolsillo.

Me costó bien poco encontrar la pista de tiro que funcionaba al otro extremo de Morteria. Se hallaba en el edificio más ruidoso de todo el pueblo, y no porque le faltaran rivales. Un gran establo en ruinas al final de una calle polvorienta, abarrotado de cuerpos y repleto de luz, apuntalado contra una casa de oración que se había derrumbado a medias y que tenía la puerta entablada. Tal vez en otro tiempo aquel establo hubiera sido propiedad de un honrado comerciante de caballos, pero, por la pinta que tenía, debían de haber pasado muchos años desde entonces.

A medida que me acercaba, encontraba a la muchedumbre cada vez más apiñada. Como buitres en torno a un cadáver reciente.

Dos hombres sujetaban contra una pared a un tercero que tenía la nariz ensangrentada, y uno de ellos le arreaba en la cara un puñetazo tras otro. Una moza gritaba desde una ventana palabras que habrían sonrojado a un carretero. Un grupo de trabajadores de fábrica, aún vestidos de uniforme, se arracimaba en torno a un nómada que iba en un carro desvencijado y pregonaba que vendía sangre de djinni con la que las buenas gentes podían hacer realidad el deseo de su corazón. Su ancha sonrisa parecía desesperada a la grasienta luz del candil, y no era de extrañar. Habían pasado años desde la última vez que se había visto por allí a un primer ser de verdad, y todavía menos

a un djinni. Además, el nómada tendría que haber sabido que las gentes del desierto no se creerían que los djinn pudieran sangrar algo que no fuese fuego, y que ninguno de los habitantes de Morteria se consideraría a sí mismo «buena gente». Todos los que vivían en el Último Condado acudían a las plegarias con frecuencia suficiente como para estar bien informados sobre ambas materias. Yo me esforzaba por mirar adelante, como si ya lo tuviese todo visto.

Si lograba dejar atrás los edificios, vería hasta más allá de las arenas y podría recorrer todo el trayecto hasta Polvaír, mi hogar, aunque allí tan solo encontraría edificios a oscuras. El pueblo se levantaba y se acostaba con el sol. Las personas honradas no salían durante las horas oscuras de la noche. Si uno pudiera morir de aburrimiento, las arenas de Polvaír habrían quedado cubiertas de cadáveres.

Pero Morteria estaba vivita y coleando.

Entré en el edificio de cuadras sin que nadie me prestara mucha atención. Ya se había congregado una gran multitud en la pista de tiro. Hileras de voluminosas lámparas de aceite colgaban de los aleros y daban un tinte aceitoso a los rostros de los mirones. Críos esmirriados colocaban las dianas y esquivaban los golpes de un hombre corpulento que les gritaba que se dieran prisa. Huérfanos, a juzgar por su aspecto. Probablemente sus padres habían trabajado en la gigantesca fábrica de armas de las afueras de Polvaír hasta que un día una máquina defectuosa los había hecho pedazos. O habían ido a trabajar borrachos y habían muerto quemados. El trabajo con pólvora no era precisamente seguro.

Me distraje de tal manera con lo que veía que estuve a punto de chocar contra el gigantón que vigilaba la puerta.

—¿En las filas de delante o en las de atrás? —me preguntó.

Sus manos reposaban con aire despreocupado encima de una cimitarra que le colgaba sobre la cadera izquierda y de una pistola que llevaba a la derecha.

—¿Qué? —recordé, justo a tiempo, que tenía que hablar con voz más grave. Había practicado durante toda la semana imitando a mi amigo Tamid, pero el sonido que me salía todavía era de chaval, y no de hombre. No pareció que al matón a sueldo de la puerta le importara.

—Son tres fouza por estar de pie en las filas de atrás, cinco en las de delante. Las apuestas empiezan a las diez.

—¿Y cuánto cuesta estar en las filas de en medio? —Maldita sea. No tendría que haberlo dicho.

La tía Farrah llevaba un año tratando de curarme la imper tinencia a bofetones y no lo había logrado. Algo me dijo que si era aquel hombre quien me aplicaba el tratamiento me iba a doler mucho más.

Pero frunció el ceño, como si hubiera pensado que mi inteligencia no daba para más.

—Tienes que elegir entre delante y detrás. No hay filas de en medio, muchacho.

—No he venido a mirar —dije, antes de que me abandonara el poco valor que me quedaba—. He venido a disparar.

—Pues entonces ¿por qué me haces perder el tiempo? Tienes que hablar con Hasan. —Me empujó en dirección a un hombre fornido, con unos pantalones holgados de color rojo brillante y una barba oscura alisada sobre el mentón. Estaba de pie tras una mesilla donde se apilaban las monedas. Las hacía saltar con el golpeteo de sus dedos.

Respiré hondo a través del sheema y me esforcé para que no se me notara que el estómago estaba a punto de salirse por la boca.

—¿Cuánto cuesta participar?

Hasan tenía una cicatriz en el labio que hacía que su sonrisa pareciera burlona.

—Cincuenta fouza.

—¿Cincuenta? —Eran casi todos los que tenía. Todo el dinero que había ahorrado a lo largo del año para escapar a Izman, la capital de Miraji. Para salir de aquel lugar.

Aunque llevara el rostro cubierto hasta la nariz, Hasan debió de notar mis dudas. Ya ni me prestaba atención, como si hubiera pensado que me iba a marchar.

Fue eso lo que me empujó a decidirme. Arrojé el dinero sobre la mesa: un puñado tintineante de louzi y de medios louzi que había logrado ahorrar moneda a moneda durante los últimos tres años. Tía Farrah siempre decía que a mí no me importaba quedar como una idiota con tal de demostrar los errores de otro. Tal vez tía Farrah tuviera razón.

Hasan contempló las monedas con escepticismo, pero entonces, al contarlas con la rapidez de un tacaño profesional, no pudo negar que la suma estaba completa. Por un breve instante, la satisfacción me calmó los nervios.

Me acercó una pieza de madera que pendía del extremo de un cordel, como un colgante. El número veintisiete estaba pintado encima en negro.

—¿Has practicado mucho con la pistola, veintisiete? —preguntó Hasan mientras me colgaba el cordel al cuello. La pieza de madera rebotó sobre las vendas que me había ceñido sobre los pechos para disimularlos.

—Un poco —fue mi evasiva.

En Polvaír, en todo el Último Condado, nos faltaba casi de todo. Comida. Agua. Ropa. Lo único que nos sobraba era arena y pistolas.



Hasan resopló.

—Pues entonces no deberían temblarte las manos.

Mientras caminaba hacia la pista de tiro, me las apreté contra el cuerpo para que dejaran de sacudirse. Si no lograba empuñar la pistola con firmeza, poco importaría que hubiese aprendido a apuntar antes que a leer. Me planté sobre la arena, junto a un hombre que parecía puro hueso bajo su mugriento uniforme de fábrica. Un segundo individuo se apostó a mi otro lado con un veintiocho colgándole de su grueso cuello. Las gradas se llenaban. Los encargados de las apuestas gritaban probabilidades y números. Si hubiera sido yo la que apostaba, no habría arriesgado ni una sola moneda por mí. Una persona en su sano juicio no habría apostado por un joven flacucho que no tenía agallas ni para bajarse el sheema y dejar al descubierto su verdadero rostro. Si aquella noche lograba demostrar que las personas en su sano juicio también se equivocan, quizá pudiera arrebatarle la fortuna de un pobre a algún borracho idiota.

—¡Buenas noches, caballeros! —gritó la voz de Hasan, imponiéndose a la muchedumbre, acallándola. Docenas de críos corrían entre nosotros y repartían las pistolas. Una niña con trenzas y pies desnudos me dio la mía. El peso que sentí en la mano me reconfortó al instante. Abrí la recámara; contenía seis balas bien alineadas—. Todo el mundo conoce las reglas del juego. Así que ateneos a ellas, porque al que haga trampas le parto la cara, vive Dios. —El público estalló en carcajadas y se oyeron algunos aullidos. Nos traían las botellas, y los hombres nos señalaban de una manera que conocía por haberla visto cuando mi tío comerciaba con caballos—. Bueno, cada uno de vosotros tiene seis balas y seis botellas. Si después de disparar la última bala queda alguna botella entera, estáis descalificados. Los diez primeros, a vuestros puestos.

Los demás nos quedamos donde estábamos mientras los otros diez caminaban torpemente hacia sus puestos. Los dedos de sus pies se detuvieron sobre una franja blanca pintada sobre el suelo polvoriento. Calculé que se hallaban a unos cuatro metros de las botellas.

Un niño habría sabido hacerlo.

Dos de los hombres, sin embargo, fallaron en los primeros disparos. Al final, tan solo la mitad acertó en todos los blancos.

Uno de ellos duplicaba en tamaño a los demás. Vestía lo que en otro tiempo debía de haber sido un uniforme del ejército, pero estaba demasiado desteñido como para poder saber si, en efecto, había tenido el color dorado y centelleante de los militares, o si simplemente se había ensuciado con el polvo del desierto. Lucía el número uno, pintado con un atrevido trazo sobre la pieza de madera que le colgaba en el pecho. Fue el que se llevó más vítores. Entre gritos de «¡Dahmad! ¡Dahmad! ¡Campeón!», se volvió y agarró a uno de los niños que iban de un lado para otro recogiendo los cristales rotos, y le habló en voz demasiado baja como para que se pudiese oír lo que le decía; y luego le dio un empujón para que se marchara. El crío regresó momentos más tarde con una botella llena de un licor parduzco. Dahmad se lo bebió de un solo trago, con la espalda contra los barrotes que separaban la pista de las gradas. El título de campeón no le duraría mucho si se emborrachaba de aquella manera.

La ronda siguiente fue todavía más deplorable. Solo uno de los tiradores acertó en todos los blancos. Mientras los perdedores se alejaban con los mismos pasos torpes, pude ver bien por primera vez el rostro del ganador. No me cabía ninguna duda de que no era de por aquí. Eso me sorprendió. Aquí, todo el mundo era de por aquí. Ninguna persona en su sano juicio

habría ido al Último Condado por voluntad propia. Era joven, quizá unos años mayor que yo, y vestía como uno de nosotros, la garganta envuelta descuidadamente con un sheema verde, y ropas del desierto tan holgadas que costaba decir si era tan corpulento como parecía. Sus cabellos eran tan morenos como los de cualquier muchacho de Miraji; incluso su piel era tan oscura que podría haber pasado por uno de nosotros. Pero no lo era. Tenía unos rasgos angulosos y extraños que jamás había visto, pómulos altos, mandíbula cuadrada, y unas cejas como trazos negros sobre los ojos más extraños que jamás había visto. No era feo en absoluto. Algunos de los hombres a los que había derrotado le escupieron a los pies. El joven extranjero torció una de las comisuras de sus labios, como en un esfuerzo por contener la risa. Entonces, como si se hubiera dado cuenta de que yo lo miraba, se volvió hacia mí. Aparté los ojos.

Quedábamos once y pugnamos por hacernos con un sitio en la hilera, porque había un cuerpo de más, aunque el mío ocupara la mitad que el de cualquiera de los hombres que estaban allí.

—¡Eh, tú, veintisiete, no te quedes en medio!

Sentí un codazo en el costado. Levanté el rostro, con una réplica en la lengua. La réplica se desvaneció cuando me di cuenta de que quien estaba a mi lado era Fazim Al'Motem.

Estuve tentada de decir una palabrota. Fazim me había enseñado todas las que sabía, cuando él tenía ocho años y yo seis. Nos pillaron diciéndolas y me frotaron la lengua con arena, y el muchacho me echó todas las culpas a mí. Polvaír era un pueblo pequeño. Conocía a Fazim desde siempre y lo había odiado desde que empecé a tener algún criterio. Por aquellos días se pasaba la mayor parte de su tiempo en la casa de mi tío, donde a mí no me quedaba otro remedio que vivir, y continuamente

trataba de meterle mano a mi prima Shira. A menudo también lo intentaba conmigo cuando Shira no miraba.

¿Qué diablos hacía allí? A decir verdad, me lo imaginé al ver la pistola en su mano.

Maldito.

Cabía la posibilidad de que alguien se diera cuenta de que yo era una chica. Pero si era Fazim el que lo descubriría, todo sería muy distinto. Había tenido muchos problemas desde el día en el que me sorprendieron diciendo palabrotas, pero tan solo una vez me habían pegado una somanta hasta casi matarme. Había sido inmediatamente después de que muriera mi madre, cuando se me ocurrió tomar prestado uno de los caballos de mi tío y marcharme de Polvaír. Estaba a medio camino de Sabina cuando me pillaron. Cuando tía Farrah y su fusta hubieron terminado conmigo, no pude montar a caballo en una semana. Si tía Farrah descubría que había ido a Morteria para apostar dinero robado, me pegaría una paliza que me mataría del todo.

Lo más inteligente habría sido dar media vuelta y marcharme de allí. Pero entonces me habría quedado sin los cincuenta fouza. Y de dinero andaba todavía más escasa que de inteligencia. Me di cuenta de que me había puesto en una pose de chica y me enderecé antes de apuntar. Los niños aún corrían y alineaban las botellas. Fazim seguía sus movimientos con el cañón de la pistola y les gritaba «¡Pum, pum, pum!»; riéndose al ver su miedo. Me entraron ganas de que la pistola le explotara en las manos y le borrara la sonrisa de la cara.

Los críos se marcharon enseguida y nos quedamos tan solo los tiradores con las botellas. Éramos el último de los grupos que tomaban parte en la primera ronda. Las pistolas empezaron a disparar a mi alrededor. Me concentré en las seis botellas

que tenía enfrente. Habría acertado con los ojos vendados. Pero era mejor andarse con cuidado. Calculé la distancia, apunté, me aseguré de que la alineación fuera correcta. Cuando lo tuve claro, apreté el gatillo. La botella que quedaba más a la derecha estalló y los hombros se me relajaron un poco. Las tres botellas siguientes explotaron en rápida sucesión.

Apreté el gatillo por quinta vez. Un grito me sacó de mi concentración. Sin aviso previo, el cuerpo de otra persona se estrelló contra el mío.

Disparé al aire.

Uno de los tiradores se había abalanzado sobre Fazim y lo había derribado, y este, al caerse, había chocado conmigo. El otro tirador se había arrojado encima de él. La multitud los abucheó al verlos forcejear sobre la arena. El hombre corpulento de la puerta había ido ya a separarlos. Agarró a Fazim por el codo y se lo llevó por la fuerza a un lado. Hasan contempló la escena con cara de aburrimiento y luego se volvió hacia la multitud.

—Los ganadores de esta ronda...

—¡Eh! —grité sin pensar—. Yo quiero otra bala.

Todo el mundo estalló en carcajadas. Y eso que me había propuesto no llamar la atención. La nuca me ardía por todas las miradas que se habían vuelto hacia mí. Pero aquello era demasiado importante. Demasiado importante como para no solicitar la bala. En el rostro de Hasan se pintó la burla, y sentí la mezcla de humillación y de ira que me subía por la garganta en respuesta.

—Esto no funciona así, veintisiete. Seis balas, seis botellas. No hay una segunda oportunidad.

—Pero ¡no es justo! Él me ha empujado. —Señalé a Fazim, que estaba con la espalda apoyada en la pared y trataba de calmarse el dolor de la mandíbula.

—Y tú no estás en el patio de la escuela, niño. Nadie ha dicho que sea justo. Ahora, si quieres, puedes disparar la última bala y perder, o salir de la hilera y abandonar.

Pues vaya alternativas. Solo yo tenía balas. El gentío empezó a burlarse de mí y a gritarme que me marchara, y mi rostro embozado enrojeció de ira.

Me había quedado sola en la línea de tiro y empuñé la pistola. Sentí el peso de una única bala en la recámara. Exhalé un suspiro tan largo que el sheema se me separó de los labios. Una bala. Dos botellas.

Di dos pasos a la derecha y luego medio atrás. Retorcí el cuerpo y traté de verlo todo con la mente. Si disparaba al centro, no acertaría en la segunda. Si me desviaba demasiado, no acertaría a ninguna de las dos.

Cincuenta fouza.

Me aislé del griterío y las burlas que se oían a mi alrededor. No hice caso de que todos los ojos se hubieran vuelto hacia mí, ni de que hubiera echado a perder todas las posibilidades de pasar inadvertida. Me asaltó el miedo. El mismo que me había estrujado el estómago durante los últimos tres días. Desde la noche en la que salí gateando de la casa de mi tío, de camino hacia la de Tamid, y había oído que tía Farrah decía mi nombre.

—¿... Amani?

No llegué a enterarme de lo que había dicho antes de mi nombre, pero bastó para que me detuviese.

—Hay que casarla. —La voz de mi tío Asid llegaba más lejos que la de su primera mujer—. Un hombre lograría inculcarle sentido común. No falta ni un mes para que se cumpla un año de la muerte de Zahia, y Amani podrá casarse.

Después de que ahorcaran a mi madre, la gente, poco a poco, había dejado de emplear su nombre como maldición. Mi

tío hablaba de su muerte tan solo para comentar cuestiones prácticas.

—Ya nos está resultando difícil encontrar marido para tus hijas. —La tía Farrah parecía irritada—. ¿Ahora quieres que también busque uno para esa mocosa que parió tu hermana? —Tía Farrah no decía nunca el nombre de mi madre. No lo había pronunciado desde que la ahorcaron.

—Pues entonces la tomaré como esposa yo mismo. —Tío Asid lo decía como si hablara de comprar un caballo. Mis brazos estuvieron a punto de ceder y plegarse sobre la arena.

Tía Farrah emitió un silbido de menosprecio desde lo más profundo de su garganta.

—Es demasiado joven.

Había en su voz un tono de impaciencia con el que solía poner fin a las conversaciones.

—No más de lo que era Nida. Al fin y al cabo, está viviendo en mi casa. Yo le doy de comer. —Tía Farrah era la primera esposa y, como tal, era la que solía mandar. Pero de vez en cuando su marido se plantaba, y en aquel momento a tío Asid le estaba agradando su propia idea cada vez más, demasiado para mi gusto—. Puede casarse conmigo y quedarse aquí, o casarse con otro y marcharse. Decido que se quede.

Yo decidí no quedarme.

Decidí huir, o morir en el intento.

Y así, de pronto, lo vi todo claro. Yo misma y mi propósito. Ya no importaba nada, salvo mi objetivo.

Apreté el gatillo. La primera botella se quebró al instante. La segunda se tambaleó por unos momentos en el borde del tablón de madera. Vi la muesca en el grueso cristal, en el lugar que había alcanzado con la bala. La botella se balanceaba de un lado para otro. Contuve el aliento.

Quizá no volviera a ver jamás los cincuenta fouza.

Quizá perdiera el dinero, y con él mi único recurso para escapar.

La segunda botella se cayó al suelo y se hizo añicos.

La muchedumbre rugió. Yo exhalé poco a poco.

Me volví. Hasan me miraba como habría mirado a una serpiente que hubiera escapado de una trampa. El forastero se hallaba a sus espaldas y me observaba con las cejas enarcadas. No pude evitar una sonrisa bajo el sheema.

—¿Qué tal lo he hecho?

Hasan torció el labio.

—Alineaos para la segunda ronda.